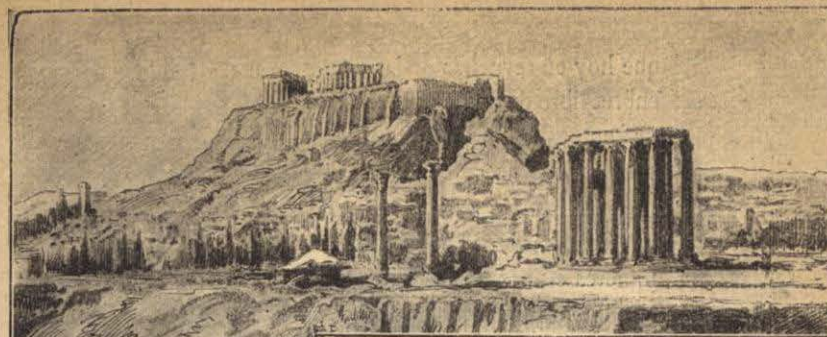


que místicas imágenes decoran;
y aquí, mil veces, al hogar sentado,
la ojiva y el florón nos ha explicado,
y la gótica flecha, cuyo vuelo
la tempestad no arredra,
y encumbra hasta las nubes y hasta el cielo
sus ocho aristas de calada piedra.»

IV

Después el veterano generoso
te cuenta sus campañas,
por dar á tu inquietud algún reposo;
y te habla de victorias y de hazañas
y del excelso emperador triunfante,
la mayor entre tantas maravillas;
y contiene la voz su labio amante,
para no despertar al tierno infante
dormido en tus rodillas.



EL NIÑO GRIEGO

¡Chio infeliz! Los turcos asesinos
por tus fértiles campos han pasado.
¡Isla famosa de los dulces vinos!
¿Qué eres hoy? Un escollo devastado.
¡Tú, que bosques, palacios y colinas
en el mar reflejaste; y en la playa,
tus doncellas, en danzas peregrinas
rodar veías cuando el sol desmaya!

En ti, ni se oye voz, ni se ve gente:
solo, entre negras ruinas y despojos,
á tierra dobla la humillada frente
un niño griego, de cerúleos ojos.
Blanco espino florido, en su espesura
préstale asiento y sombra regalada,
y es, como él, otra flor hermosa y pura,
por el estrago bélico olvidada.

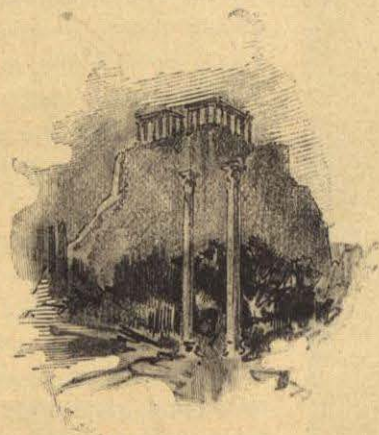
«Niño lloroso, que descalzo huellas
éste, de dura roca áspero suelo,
para enjugarte las pupilas bellas,
azules como el mar y como el cielo,
para que luzcan francas alegrías
en su zafiro, que empapó la lluvia
del inútil llorar, y cual solías,
erguir audaz la cabecita rubia,

¿Qué quieres?, ¿qué deseas?, ¿que has soñado?
¿Cómo lograr que con gentil decoro
baje, en sedosos rizos ordenado,
sobre tus hombros tu cabello de oro,

que hoy en revueltas ondas encrespadas,
cubre, libre de peines y tijeras,
tu frente y tus mejillas sonrosadas,
como á un sauce sus ramas plañideras?

Para calmar tus tetricos enojos,
¿quieres el lirio espléndido que brilla,
tan limpio y tan azul como tus ojos,
de los pozos de Irán junto á la orilla;
ó el fruto de los árboles extraños
cuya increíble magnitud asombra,
y al corcel más veloz cuesta cien años
salir trotando de su opaca sombra?

¿Quieres el ave de la selva, el ave
de dulce canto y alas de colores,
que deja atrás, con su gorjeo suave,
al sonoro rabel de los pastores?
¿Qué anhelas, lirio azul, extraño ruto
ó ave canora de pintadas alas?»
El niño hermoso, de cabello hirsuto,
—«Dadme, nos contestó, pólvora y balas.»



TRIUNFOS Y GLORIAS

Quando me hablas de triunfos y de glorias,
tristemente sonrío;
¡yo sé bien que esas sombras ilusorias
mentira son, bien mío!

A la gloria, la envidia macilenta
vence en tenaz porfía;
la perdona no más cuando se sienta
sobre la tumba fría.

La suerte es loca, y á su embate recio
el poder cae vencido.
Un suspiro de amor tiene más precio
y hace menos ruido.

Yo sólo quiero, y basta á mi ventura,
tu voz y tus sonrisas,
flores en el jardín, y en la espesura
rayos de luz y brisas.

Yo, que oculto en la sombra, prenda amada,
placer ó pena ansiosa,
tan sólo quiero, ¡estrella!, tu mirada;
tu aliento, ¡fresca rosa!

En tu pupila, cuyo espejo terso
celesté luz destella,
duerme abismado todo un universo,
y tan sólo el amor busco yo en ella!

Mi pensamiento, manantial profundo
de amor y de ambrosia,
que pudiera quizás llenar un mundo,
sólo tu corazón llenar ansia.

¡Canta! Y ya gozo la celesté lumbre.
¡Sonríe! Más no pido.
¿Qué me importa la loca muchedumbre
y su clamor, estéril á mi oído?

En vano, en estos éxtasis risueños,
por turbar mis amores,
los luminosos vates, en mis sueños,
pasar miro entre nubes y fulgores.

Cuando esa hermosa tentación me asalta,
mi amor no desfallece;
al himno del poeta, que me exalta,
prefiero tu canción, que me adormece.

Y aunque mi nombre en el cenit glorioso
brille, la mejor parte
de mi rendido sér, dueño amoroso,
ha de quedar aquí para adorarte.

Deja que te ame triste y pensativo;
deliciosa penumbra
es la tristeza, y con fulgor más vivo
en esa obscuridad amor alumbra.

Angel de ojos brillantes y serenos,
mujer de húmedos ojos,
si mi espíritu encumbras, á lo menos
deja á tus pies mi corazón de hinojos!

ADIOSSES DE LA PATRONA ARABE

Ya que nada llenarte pudo el alma
en esta feliz tierra, ni la sombra
de la ondulante palma,
ni del naciente maizal la alfombra,
ni la abundancia, ni la dulce calma;
ni mirar, á tu voz, el seno blando
latir de mis hermosas compañeras,
que en círculo girando
cuando el sol ya declina,
como un coro de huries hechiceras,
coronan con su danza una colina;
¡adiós, adiós, oh blanco peregrino!
Para que no te arroje en el camino,
yo ensillé tu caballo. Ya impaciente

piafa, y sus ancas, firmes y redondas,
son cual negro peñasco, que las ondas
abrilantaron de veloz torrente.

En fatigoso viaje
te agitas sin cesar. ¡Si no partieses!
¡Si tú de aquellos fueses
que su pie perezoso,
de la tienda de lona ó de ramaje
nunca apartan, y en plácido reposo
á la puerta sentados,
oyen historias bellas,
ó mirando los cielos extasiados,
quisieran remontarse á las estrellas!
Si hubieras tú querido, de rodillas,
en las chozas sencillas
que abiertas siempre están al caminante,
una de nuestras jóvenes doncellas
te sirviera, á tus pies esclava amante.
Con voz de melancólica armonía
tu sueño arrullaría,
y su verde abanico de anchas hojas
al zumbador insecto apartaría
de tu dormida frente, hermosa y blanca.
Pero al desierto, impávido, te arrojas,
y te alejas de nuevo. Noche y día
marchas callado y pensativo; arranca
á los duros peñascos
brillantes chispas con los férreos cascos
tu corcel; luz fantástica fulgura
tu lanza, y en su hierro, cuando pasa
algún genio, volando á la ventura,
rasga el ala de gasa.

Si tu destino vario
te vuelve aquí otra vez, y ver deseas
de nuevo estas aldeas,
trepa sin vacilar á esa montaña
que de lejos parece un dromedario,
y busca mi cabaña.
¿Te acordarás? Domina la llanura;
es como de colmena su figura;
sólo una puerta tiene,
y está abierta hacia aquel punto del cielo
por donde en raudo vuelo
la golondrina viene.

Mas ¡ay!, si para siempre te despides,
 que al menos tu versátil pensamiento
 nuestra memoria guarde;
 á las hijas de Arabia nunca olvides,
 las de la voz de melodioso acento,
 las que con pie descalzo, por la tarde,
 huellan bailando la pradera verde.
 ¡Oh caminante blanco! ¡Ave de paso!
 ¡No las olvides nunca! Acaso, acaso
 alguna de ellas siempre te recuerde.
 ¡Adiós! Tu marcha sigue sin demora.
 Guárdate bien del sol de mediodía,
 que benéfico dora
 nuestra frente morena,
 pero tu tez rosada quemaría;
 de la sed del desierto abrasadora;
 de la vieja que andando va con pena
 y con trémulo paso,
 y de aquellos que trazan, al ocaso,
 rayas con su bastón sobre la arena.

Á TI

¡Oh, lira, tanto tiempo muda y muerta!
 ¡Despierta ya! ¡Despierta!
 Amanece entre santas alegrías
 el día por su nombre consagrado;
 el más bello, el más dulce, el más ansiado
 entre todos los días.

¡Virgen! Un Dios te reveló á mi infancia.
 Embebecido en sueños de ventura,
 sin temer de la suerte la inconstancia,
 te vi, rasgando tenebrosos velos,
 resplandecer, estrella blanca y pura,
 en medio de los cielos.

Entonces te decía:
 —«Ven, y comparte la esperanza mía,
 que fiel se cumplirá, dueño adorado.»
 Porque en aquella edad feliz y amante

aún no enlutaba el porvenir brillante
 la sombra del pasado.

Aquella adoración dulce y risueña
 en llama se trocó devoradora,
 y lloro el tiempo aquel, en que halagüena
 se deslizó mi vida en sus albores,
 como ensueño infantil que al nacer dora
 sol de vagos amores.

Hoy, pálido, sombrío,
 despertando á su víctima dormida,
 surge á mi vista el infortunio impío
 en vez de la ventura imaginada,
 y lanza con siniestra sacudida
 su odiosa carcajada.

Quando el huérfano triste
 apura el cáliz del dolor, y fiera
 borrasca audaz resiste,
 ¿qué le queda, Dios santo,
 si de una compasiva compañera
 no logra el dulce llanto?

Si su frente el dichoso orna de flores,
 él, huyendo sus pompas y esplendores,
 en el polvo la sien hunde abatida;
 la copa del banquete desbordante
 á la urna del sepulcro aborrecida
 es para él semejante.

Cual lámpara apagada
 es para los vivientes, que enojados
 apartan de él la vista fatigada.
 Al cielo solamente sin enojos
 puede elevar, de lágrimas preñados,
 los suplicantes ojos.

¡Tú, que el tributo de mi amor recibes!
 Arranca el dardo, y la tortura calma
 del pecho malherido.
 Por ti yo viviré, si por mí vives.
 Quien ha sufrido tanto, ángel del alma,
 merece ser querido.

Endulce tu sonrisa mis anhelos.
 Aún el amor es la mayor ventura
 que al hombre dan los cielos.
 A la luz no renuncio: el alma mía,
 sumida y abismada en noche oscura,
 aguarda el claro día.

No quiero ver mi frente coronada;
 mas, si le dan mis himnos triunfadores
 el eterno laurel, no temas nada.
 No turbará mi dicha esa victoria;
 no llevaré al hogar de mis amores
 el brillo de la gloria.

Busco las dichas del amor secretas.
 A todas las miradas indiscretas
 quiero ocultar nuestro feliz retiro.
 La serpiente arrastrándose en el suelo
 no ve dos aves que con blando giro
 van juntas por el cielo.

Mas, si te espanta mi contraria suerte,
 si el huracán que sobre mí retumba,
 más que tu flaca voluntad es fuerte,
 tú, mi bien y mi amor y mi alegría,
 huye de mí; y espérame en la tumba,
 tú, pobre madre mía.

En ella pronto dormiré contento.
 ¡Feliz yo, si en la lóbrega morada
 venir algún desconocido sienta,
 que derrama una lágrima piadosa
 sobre mi lira, muda y olvidada
 encima de mi fosa!

Tú, feliz vive, ¡mi adorada! Nunca
 el infortunio cruel, que á traición hiere,
 tu ilusión mate, cual la mía trunca,
 ni te arranque el recuerdo acerbo llanto,
 de aquel que sin quejarse á tus pies muere,
 de aquel que te amó tanto.

LA NATURALEZA Y EL POETA

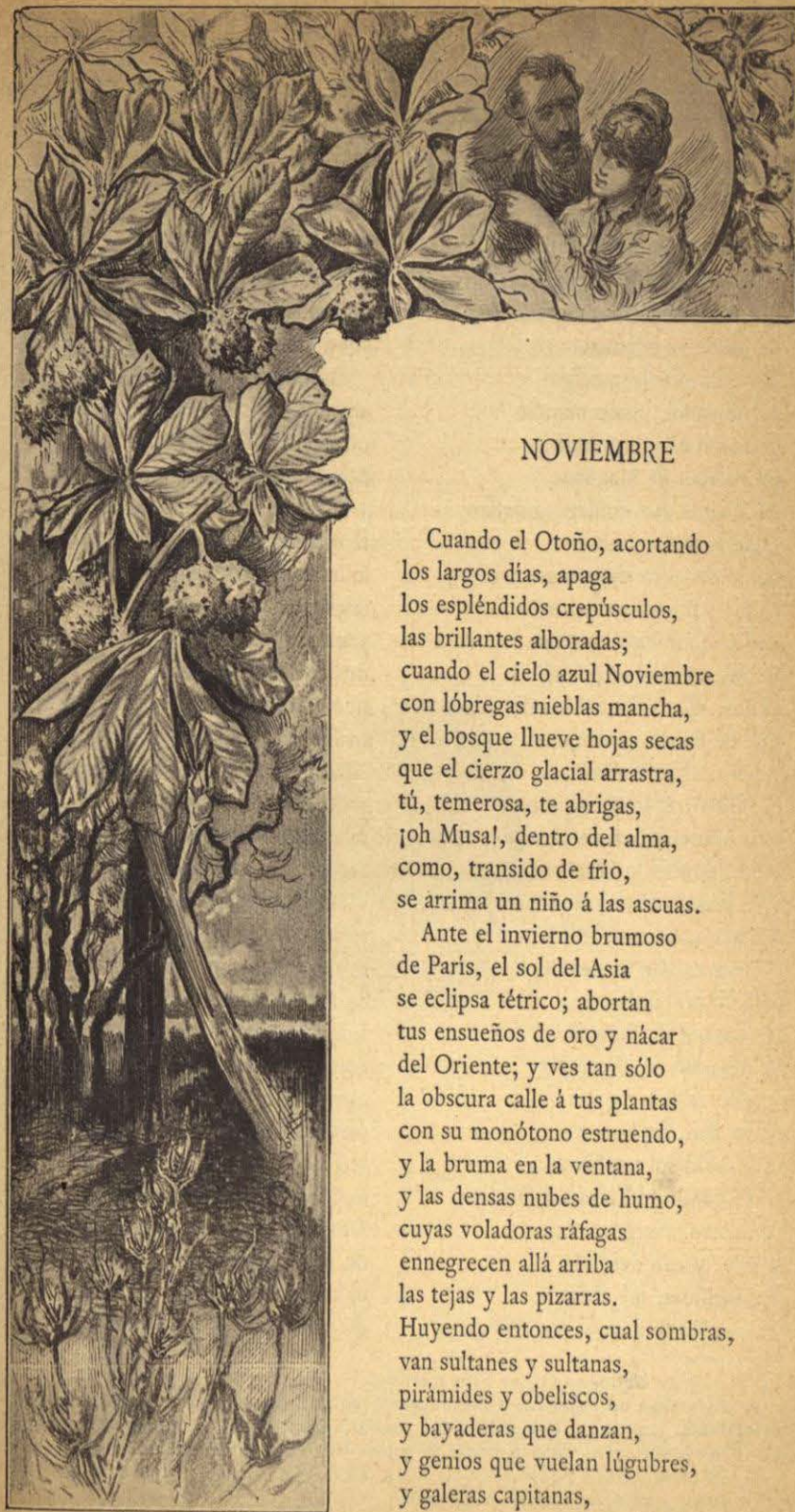
Si, yo soy el amante misterioso
 de la Naturaleza; el camarada
 de la amarilla flor que se columpia
 en la vieja pared. Yo soy quien habla
 con el viento y los árboles. Me estiman
 los campos y las selvas. Cuando exhalan
 dulces aromas los floridos valles,
 trabo conversaciones en voz baja
 con los embalsamados alhelies,
 ó les pido consejos á las ramas
 del árbol ó á la hiedra trepadora.
 El escondido sér, cuyas palabras
 vosotros no escucháis, y juzgáis mudo,
 dicta mis versos, á mi lado baja,
 y con mi pluma escribe. Oigo extasiado
 lo que oyó Rabelais; veo las lágrimas
 mezclarse con las risas, y las voces
 escucho que escuchó el cantor de Tracia.

¿Por qué lo que en suspiros inefables
 la Creación me dice, asombro os causa?
 Antes de que en armónico concierto
 unan todas sus notas acordadas,
 el matorral, el pájaro, las flores,
 el arroyo, los árboles, las auras,
 todos esos sonoros instrumentos
 me dicen algo, que me llega al alma.
 De la orquesta divina á las funciones
 abonado yo estoy. De buena gana,
 si poeta no fuese, hubiera sido
 sátiro ó fauno. Religiosa calma
 apacigua mi espíritu en los campos.
 Conversé tantas veces en confianza
 con las hojas, las aves y las brisas,
 que ya he llegado á ser como la estatua
 que en medio de un jardín, rígida, inmóvil,
 ni á los tímidos pájaros espanta.

El vástago flexible, que medroso
 oscila y tiembla, su esquivez amansa
 y sin ningún temor conmigo juega.

Sin pensar que la miro yo, liviana
 con el insecto zumbador la rosa
 hace cosas que son para callarlas;
 en el secreto de los blandos nidos,
 los ojos, á través de hojas y ramas,
 atento fijo, y la avecilla inquieta
 que los huevos cobija, madre santa,
 me mira sin temor, como nosotros
 veríamos á Dios, si su mirada
 paternal, descendiendo de los cielos,
 en nuestro hogar oculto penetrara.

La hipócrita azucena no se asusta
 cuando ve que curioso estoy mirándola,
 mientras del sol á los ardientes besos
 abre el botón de su corola pálida;
 y la más casta y púdica violeta
 se viste en mi presencia y se engalana.
 ¿Qué más? Al pasar yo, la mariposa,
 seductor libertino de las auras,
 que de una amante flor, medio desnuda,
 goza el favor, de mí no se recata.
 Prosigue audaz sus dulces galanteos,
 y si la flor se oculta avergonzada
 en el follaje protector, le dice:
 «Ven sin ningún recelo: ese es de casa.»



NOVIEMBRE

Cuando el Otoño, acortando
 los largos días, apaga
 los espléndidos crepúsculos,
 las brillantes alboradas;
 cuando el cielo azul Noviembre
 con lóbregas nieblas mancha,
 y el bosque llueve hojas secas
 que el cierzo glacial arrastra,
 tú, temerosa, te abrigas,
 ¡oh Musa!, dentro del alma,
 como, transido de frío,
 se arrima un niño á las ascuas.

Ante el invierno brumoso
 de París, el sol del Asia
 se eclipsa tétrico; abortan
 tus ensueños de oro y nácar
 del Oriente; y ves tan sólo
 la obscura calle á tus plantas
 con su monótono estruendo,
 y la bruma en la ventana,
 y las densas nubes de humo,
 cuyas voladoras ráfagas
 ennegrecen allá arriba
 las tejas y las pizarras.
 Huyendo entonces, cual sombras,
 van sultanes y sultanas,
 pirámides y obeliscos,
 y bayaderas que danzan,
 y genios que vuelan lúgubres,
 y galeras capitanas,